

Tendrían trece, catorce o quince años

Le vi el cáncer a una distancia de cinco o diez metros. Presidía una merienda con amigos en el McDonalds, estaba sentado en una silla de ruedas y le colgaban cables por todas partes. El cáncer se asomaba en sus ojos hundidos, en su piel blanca como la nieve, en sus labios pálidos, en sus dedos finos y en unos calcetines rosas, enormes, que le amurallaban los pies. Hasta el traje verde hospital que le cubría parecía blanco. Lo vi a través de la cristalera de ese McDonalds que está en la falda de La Paz. Me acercaba y no podía dejar de mirar. Él hablaba y sus amigos, con unos ojos que imaginé vidriosos, escuchaban. Tendrían trece, catorce o quince años. Afuera ya era de noche y también vi, desde lejos, la luz verde del aparato que coordinaba su medicación.

Me tocó hacer mi pedido en una máquina a un par de baldosas de esa mesa. Escuché la primera frase sin querer. Luego escuché queriendo. “Yo no creo en esa teoría que dice que sólo puede existir un mejor amigo (...) Todos vosotros sois lo mejor que me ha pasado en la vida”.

Alcé la vista. Ninguno de los amigos respondió. El cáncer también se le asomaba por la voz. Era una voz a medio camino entre la afonía y la debilidad, como impulsada por el aparatito de la luz verde. Me quedé bloqueado, mirando abiertamente y por un momento tuve miedo de que alguno de ellos se girara hacia mí.

Se echó a llorar. Entonces, sí, uno de los amigos se levantó, rodeó la mesa, le cogió la cabeza, esa cabeza herida de quimioterapia, y la abrazó. Sosteniéndola con las dos manos, la acurrucó con firmeza y se la acercó a la barriga. Así estuvo un rato. Todos miraban en silencio. Tendrían trece, catorce o quince años.

Cuando salía el tique de mi pedido, yo ya había dejado de escuchar. Porque le daba vueltas a la imagen, a las frases de hacía un minuto. Entonces, rodeé la mesa para salir a la terraza y escuché el verbo “morir”. No me giré, seguí caminando hasta la puerta. Desde la terraza, otra vez a través de la cristalera, le vi apoyar la cabeza en la mesa y echarse a llorar.

Repasé las caras de los amigos y me vino a la mente la frase del obituario que escribió Jabois el otro día: los imaginé diciéndose “¿por qué se tiene que ir si nos cae tan bien?”. La vida es eso: aprender a despedirse de los que nos caen tan bien. Pero ellos tendrían trece, catorce o quince años y habían extraviado el mejor derecho que se tiene a esa edad: las puertas abiertas, la ausencia de pasado y la borrachera de futuro.

Mis amigos también se habían dado cuenta y miraban en la misma dirección. También callaban. Como si de un huracán se tratara, pasaron por mi cabeza todas esas cosas que él jamás descubrirá: el primer sueldo, las novias cortas, la novia de verdad, los libros complejos, la primera corbata, las películas imprescindibles, el sexo con y sin amor, los vuelos largos, la barba desaliñada, las noches que amanecen, los días fugaces, el dolor de una ruptura, la ilusión de un proyecto que empieza...

Y esa sensación tan poderosa, quizá la más importante, la de darse cuenta un día, como el poeta, de que la vida iba en serio. Pero, ¿cómo va a asumir un niño que la muerte va en serio si no lo ha sabido de la vida?

En esas estábamos, callados, cuando la silla de ruedas y la hilera de chavales recorrieron el caminito a nuestra espalda. Se coló otra frase: “Acordaros de mí”. No tuve que apuntar ninguna de ellas, todas se iban clavando en alguna parte. Fuimos a La Paz porque habían operado a la hija de Itxaso y Jaime, la pequeña Carolina. Itxaso, que conoce muy bien ese McDonalds, nos dijo: “Cada día sucede una historia como esta. Cuando nos vamos a casa, me doy cuenta de que La Paz me pone en mi sitio”.

Yo no sé cuál es ese sitio, tengo la esperanza de que es un lugar que nos obliga a la vida, que está lleno de sonrisas como la de Carolina cuando dice “agur”; pero sí sé, mientras escribo, que en la primera habitación de ese “sitio” hace frío, falta el aire y es como si el suelo se moviera; porque todavía me tiemblan las piernas. Tendrían trece, catorce o quince años.

DANIEL RAMÍREZ
EI ESPAÑOL, 14 de diciembre 2021

NADIE MILITANDO EN EL CABREO

El azar es la última gran ideología por la que mujeres y hombres se convocan durante horas en una hilera impecable con la esperanza puesta en el día 22 de diciembre, cuando la conquista más clara es llevar en algún bolsillo un décimo premiado para estrenar con fortuna el solsticio de invierno. Estamos tan rodeados de movidas malas que a mí e parece muy bien que exista un día como el de la Lotería, donde por un azar previsto puede sucederle a cualquiera algo muy bueno. En una sociedad cada vez más gótica resulta agradable la verbena 'naif' de las bolas y los bombos, y los niños cantando combinaciones de números y la caridad del dinero. Como rito de paso de un tiempo a otro tiene su gracia. Hay cosas absolutamente peores que nadie premia y sin embargo se abrazan con una convicción de bueyada. En este periódico siempre jugamos a dos números, pero las dos personas a las que ha tocado algo importante alguna vez ha sido por

boletos que nada tienen que ver con nosotros, con la redacción. Creo que eso quiere decir algo, aunque no sé todavía el qué. La gracia nunca reintegra a todos por igual. Han regresado las colas con furor y por un rato habrá gente concentrada en saber elegir entre la conjugación de los números, pues perdidas casi todas las certezas ya sólo queda la suerte como impulso. En el acceso a los negocios de Loterías y Apuestas del Estado no hay nadie militando en el cabreo. En Doña Manolita pueden coincidir durante horas de penitencia un viejo marxista y un devoto de la extrema derecha. Hablarán de las bondades de los nietos. Recordarán los mejores años de sus vidas con una sonrisa ajada por el tiempo. Y cumplido el rito de paso se desearán felices fiestas con gran cordialidad. A eso me refiero.

ANTONIO LUCAS

EI MUNDO, 12 de diciembre 2021

BIENVENIDXS A MATRIX

El ritmo de vida que llevamos no da para cuidar, ni para mimar, ni para nada. Y eso quema, entristece y da ansiedad. Porque cuando tú trabajas ocho horas al día (si no surge nada) pero tardas hora y media en ir y hora y media en volver de tu trabajo, cosa muy habitual en Madrid, ya no son ocho horas, son once, once horas de dieciséis. Para cuando llegas a casa con tus seres queridos estás cansada, irascible y hasta el higo, la verdad.

Y sí, siempre decimos que vemos a nuestrxs hijxs y se nos pasan todos los males, pero es increíble la cantidad de veces que esos bichitos pueden decir "mamá" en un minuto a una cabeza que ya no está para absorber nada más. Joder, cuando llegamos a lo importante resulta que mil mierdas han consumido ya toda nuestra paciencia. Y quien dice hijxs, dice pareja, dice padres o a ti mismx, que a veces parece que se nos olvida, pero tú también te tienes que cuidar y mimar y tratarte con cariño.

No sé a quién se lo escuché, pero me encantó: no te hables así, que te oyes. Me decía mi madre el otro día que la tengo abandonada, después intenté hacerle entender que me tengo abandonada a mí misma y que llevo semanas sin dormir con mi marido y ya no hablemos de hacer el amor, ¡y no nos pasa nada malo eh! ¡ Solo es la vida!

Te dicen: bueno, son rachas. Pero no son rachas. Es cómo está estructurado este sistema que te

dice que tenemos que ser felices con los detalles, con las pequeñas cosas y ostras, sí, pero no, porque luego ves las vidas fastuosas de algunos que viajan a la luna mientras otros mueren en un tornado para que ellos puedan hacer sus payasadas y encima les alaben por ello. Hay algo en esta historia que no cuadra con ser feliz y no quiero hablar por todxs, pero conozco a demasiadas personas que se sienten igual en un mundo que prioriza la producción a la convivencia. Que esto no va de hacer briefings eternos ni de ponernos modernos y que nos lleven a toda la plantilla a jugar a paintball o a un scape room (todo y que mola).

Hay una necesidad urgente de invertir prioridades y poner en primera línea a la familia, los sueños, el amor y los cuidados, porque para mí es evidente que toda la miseria salió a flote en cuanto el confinamiento puso al sistema actual en jaque. O podemos seguir con la boca callada y los ojos vendados pensando que somos hormigas y podemos soportar hasta quince veces nuestro peso.

El peso de la frustración, del agotamiento y del tiempo que pasa, con esa horrible sensación de que pasa sin nosotros y sin todo aquello que de verdad importa.

ASAARI BIBANG

EI PÁIS, 17 de diciembre 2021